

posición el problema de las relaciones entre la geografía y la historia; posición, en verdad, bien distinta de la tradicional, en cuyo concepto la geografía venía á tener la consideración de una ciencia *auxiliar*, pero esencialmente externa á la historia.

La cuarta y última consecuencia se refiere al estudio del tipo físico é intelectual de los pueblos ó razas, representado, ya por descripciones generales, ya por el uso de láminas, fotografías, etc., de que nos ocuparemos en el lugar oportuno.

## 2.—El sujeto de la historia.

La variación en el modo de concebir el sujeto de la historia viene preparándose hace tiempo, ya por observaciones científicas de carácter general, ya por estudios concretos, como los de Savigny y su escuela, y aun por influjo de la gran revolución política que hubo de cumplirse en 1789.

Fácil es advertir que en los historiadores europeos, desde la Edad Media casi hasta nuestro siglo, resalta al lado de la limitación objetiva, que consiste en reducir toda la actividad de los pueblos á la del orden político, otra limitación análoga, manifiesta en concentrar la vida de un Estado ó de una sociedad particular en la persona de su representante legítimo, á título de jefe; aunque las iniciativas y aun la ejecución de los grandes hechos históricos, no le hayan efectivamente correspondido. Así, la historia referíase siempre al rey, al príncipe, al papa (ó al santo, al héroe), es decir, á un sujeto *individual*, en vez del sujeto *social*: la *nación*, el *pueblo*. Cumplíase en cierto modo, con

esto, una ley de herencia que la historia traía de su progenitora la epopeya, á saber: la continuidad del *protagonista* resumen y prototipo del pueblo y época que representaba; viniendo á ser aquélla, como ha dicho un escritor español, historia *heroica*, en vez de historia *social* (1): *res gestae regumque ducumque*.

Esta limitación falsa del sujeto histórico procedía, en parte, de la ignorancia con respecto á la forma en que se produce la vida de las sociedades y á la respectiva posición de cada uno de los elementos que las constituyen; y en parte también, de doctrinas políticas que resumían toda la personalidad nacional en el Estado y—mediante las teorías cesaristas—en su jefe.

Juntamente, traía esto la consideración casi exclusiva de los hechos aparatosos y formales, los más externos y salientes, despreciando el estudio de las causas pequeñas y del proceso de internas elaboraciones, de que son aquéllos, en realidad, simples consecuencias, cuyo recto juicio se hace imposible sin conocer antes su origen y arraigo en la conciencia general. La deficiencia de este modo de ver había sido ya notada por Bacon al escribir la siguiente observación: «El tiempo, como un gran río, no nos trae sino lo más ligero y menos sólido de los hechos; todo lo que pesa se ha ido al fondo, y permanece sumergido en su lecho vastísimo.»

La última consecuencia—la más radical—de esta doctrina *individualista*, hállase en la teoría de los hombres genios ó providenciales, que está latente en los autores de la Edad Media y de los primeros siglos de la Moderna, y de la

(1) Ver cap. III, I.

cual tenemos en España un representante característico, el P. José de Sigüenza (1), si bien las ideas de éste, aplicadas sólo á la historia religiosa, proceden y como que vienen determinadas por los dogmas fundamentales católicos, y no son, en este sentido, de gran novedad. Ya veremos luego el desarrollo de esta teoría en su aplicación á la historia general humana.

Pero todavía hay, en este mismo tiempo, precedentes de doctrina contraria. Ejemplo de ella es la observación de Cordemoy, autor del siglo xvii, ya citado, según el cual, si es cierto que los reyes son las personas más notables de la historia, el verdadero asunto de ésta lo constituyen los grandes cambios sociales. Cordemoy formuló esta doctrina (que, sin embargo, no aplica en sus obras históricas) á fines del indicado siglo.

En el xviii, el sentido social de la historia se impone, siguiendo la corriente de las ideas políticas, que acuden á la consideración del sujeto colectivo, del pueblo, de la nación. Poco antes del estallido revolucionario, en 1783, Mably, en su tratado de escribir la historia, desea que se estudie el sujeto social (el pueblo romano) en vez de los emperadores; y observa que si los antiguos han escrito la historia por los grandes hombres, los héroes, dando gran entrada en sus libros á las biografías, el genio, en rigor, está subordinado al carácter nacional (2).

La Revolución francesa, llamando á la vida pública todas las clases sociales, y reconociendo, por tanto, su personalidad

(1) *La Vida de San Jerónimo, Doctor de la Santa Iglesia*. En Madrid, Imprenta Real, 1629.

(2) Véanse las páginas 71, 185 á 188 y 200.

y eficacia como elementos sociológicos (1), rompió de hecho el ciclo de las historias de reyes; y en el mismo sentido trabaja la corriente de formación de las nacionalidades, que las conquistas napoleónicas excitaron y concretaron grandemente.

Poco después, Savigny, con su teoría de la elaboración popular y espontánea del derecho (cuyas consecuencias políticas sacaron Niebuhr y Dahlmann), y los naturalistas, con sus estudios sobre la representación de las fuerzas infinitamente pequeñas en la creación, produjeron la conciencia científica de aquella verdad que se había desconocido, á saber: que la vida es producto de los esfuerzos que acumulan todos los seres; que es, por tanto, una obra colectiva, cuya impulsión y tendencia provienen de la masa y no de ciertas individualidades salientes, á modo de islas, sobre la base oculta en que se apoyan y sin la cual no podrían existir. La Sociología ha venido, por último, á recoger y concretar estas parciales iniciativas, construyendo en firme la teoría de la organización y funciones de los pueblos como personas sociales; teoría cuyos fundamentos filosóficos habían anticipado, en la filosofía alemana, Schelling y Krause (2).

(1) Este reconocimiento se observa en Voltaire, uno de los padres de la Revolución. En su *Siglo de Luis XIV* y en el *Ensayo sobre las costumbres é índole de las naciones*, se presenta como uno de los precursores del moderno concepto de la historia, dedicando su atención—dice un crítico—«al estudio de la vida interior de los pueblos, á su estado moral y material, á sus progresos en las artes y las ciencias». Nuestro Forner tiene la misma tendencia, según puede verse en un párrafo del libro que hemos citado en otro capítulo. Forner quería que se escribiese, «no la historia de los hombres en individuo, sino de las clases que forman el cuerpo de los Estados».

(2) Véanse, como tipos de estas ideas, la *Sociología*, de Spencer, y la

Así ha llegado á reconocerse la verdad de aquella observación que Macaulay escribía en su artículo sobre la Historia: «que las circunstancias que tienen mayor influencia en la felicidad de la especie humana.... son, en su mayor parte, resultado de cambios silenciosos. Su progreso indicarlo rara vez lo que los historiadores han dado en llamar *sucesos importantes*. Se produce en cada escuela, en cada iglesia, tras de cien mil mostradores, ante cien mil hogares. Las corrientes superiores de la sociedad no ofrecen seguro criterio para juzgar de la dirección que las corrientes inferiores llevan» (1).

La misma idea, como resumen del sentido moderno, expresa Metchnikoff, siguiendo á Lyell y Darwin: «En el orden geológico, los grandes hundimientos, las erupciones volcánicas, los temblores de tierra y otros cataclismos, originan numerosas víctimas y sobrecogen la imaginación; pero, en definitiva, no producen más que cambios superficiales: son efectos y no causas. Las verdaderas fuerzas plásticas que crean ó modifican profundamente la epidermis de

---

*Estructura y vida del cuerpo social*, de Schäffle.—Para la exposición histórica de estas doctrinas, consúltense los siguientes trabajos: *La teoría de la persona social en los juristas y sociólogos de nuestro tiempo*, por D. F. Giner (en la *Revista de Leg. y Jurisp.*, 1890-91), y *Concepto de la Sociología*, por D. G. de Azcárate (Discurso leído en la Academia de Ciencias morales y políticas, 1891), sobre todo, el pár. IV. También el *Tratado de derecho político*, de Posada (t. I, lib. II).

(1) Macaulay quiere escribir la historia del gobierno y del pueblo. Véase su artículo *Historia*, pág. 374 de la trad. española. Véanse también las otras citas hechas en el cap. III al hablar de Macaulay. Enteramente opuesto al gran historiador inglés es Ranke, para quien el pueblo no es sujeto de la historia, ó importa poco: para él, siguen siendo las primeras personas los reyes.

nuestro planeta, son la gota de lluvia, el arroyo, las corrientes líquidas ó aéreas, las incesantes alternativas de frío y calor..... todo una legión de agentes que, por su acción imperceptible, pero continua, disgregan las rocas más refractarias, precipitan y alteran los aluviones. Las madreporas, los foraminíferos, son los que en sus microscópicas celdas construyen grano á grano los arrecifes, las islas, los macizos poderosos, los continentes enormes. Así ocurre con el trabajo íntimo de las generaciones que nos han precedido: único creador de las formaciones históricas, se oculta obstinadamente á nuestra investigación. Los anales de la humanidad no han registrado más que lo excepcional, lo extraordinario, lo que hería vivamente los espíritus. Los monumentos que nos quedan de los siglos pasados son (salvo algunos teatros y tumbas) palacios y templos, es decir, edificios de los cuales estaba rigurosamente excluída la multitud, ó donde no entraba más que en raras ocasiones. Pero las humildes viviendas donde el pueblo pasaba su cotidiana vida, obscura y monótona, y donde bajo la penosa corvea histórica se consumía lentamente en provecho de las generaciones venideras, esas han sido siempre y en todas partes demasiado débiles para resistir á la destrucción; y es hoy imposible reconstituir la pasada existencia de las naciones con otros elementos que los ecos lejanos de los sucesos que las agitaron y algunos restos de sus ciudades y de sus edificios públicos.» Así se ha destruído aquella hipótesis que antes privaba en historia, y según la cual, como dice el Sr. Letelier, «los descubrimientos, las invenciones, las instituciones, las artes, la civilización toda y todos los sucesos se han desarrollado, no poco á poco, en virtud de un procedimiento lentísimo de causalidad social,

sino de repente, merced á una causa irresistible que se llama voluntad humana» (individual).

Entiéndese hoy, por el contrario, que no pueden comprenderse en su última realidad los grandes hechos sociales, sin conocer la posición y estado que en cada momento tuvo el pueblo, es decir, la masa de la nación no privilegiada y trabajadora. Así, para comprender y juzgar el feudalismo, v. gr., importa saber, antes que nada, cuál era bajo su régimen la situación del siervo y del labrador; y por esto, los libros como la *Historia de los labradores*, de Bonnemère; la de las *Clases obreras en Francia*, de Levasseur; la *Historia social de Inglaterra*, de Vinogradoff; la de las *Clases rurales en Francia*, de Doniol, y otros muchos (1), tienen un valor capital. Del mismo modo, no llegará á formarse pleno y exacto concepto de lo que era la civilización egipcia, si se considera tan sólo sus grandiosas construcciones funerarias y religiosas; sino que es preciso estudiar la manera como han sido levantadas por un pueblo miserable, encorvado bajo el látigo de los capataces, pobremente nutrido con pan y cebolla, arrancado á sus hogares y al trabajo agrícola cuyos productos le sisa y menoscaba una burocracia en que dominan el favoritismo y la arbitrariedad. Sólo entonces, conocidos el anverso y el reverso de la

---

(1) Para la información en este sentido puede también verse la obra de R. Rozières, *Histoire de la Société française au moyen âge*, 1880, y en parte las de P. Lacroix sobre usos, costumbres, vida militar, científica, etc., en la Edad Media y el siglo XVIII (1868-74). Como libro doctrinal, que expresa bien, juntamente con el de Metchnikoff, la idea moderna, véase Bourdeau, *L'Histoire et les historiens*. Para Bourdeau el sujeto es la masa.

organización social egipcia, puede juzgarse de su mayor ó menor progreso.

\*  
\* \*

Esta reacción en sentido orgánico encuentra hoy un nuevo elemento con que reforzar su tendencia: el concepto amplísimo de la Historia, como historia de la civilización. Porque si en el orden político pudiera haber alguna duda, á los que sólo se fijan en lo aparente, tocante á la participación sustancial de la masa—de cuyo espíritu y cultura común son meras concreciones los hechos del poder constituido—en las demás funciones sociales es innegable la existencia de un sujeto distinto de aquel que cronistas é historiadores tuvieron como centro de actividad de los pueblos. Y debe entenderse que la virtualidad de las nuevas ideas no se limita á sentar el principio de que en todo hecho social—aunque aparezca verificado por *un* individuo—hay esa colaboración y preparación colectiva, de la cual procede y sin la cual no tendría eficacia; sino que llega hasta decir que quienes aparecen como ejecutores y directores de la vida nacional, lo son únicamente en la medida en que su iniciativa, y la fuerza que ésta supone, concuerdan y se acomodan con el espíritu colectivo sobre el cual pretenden influir. De este modo, al propio tiempo, se afirma la sustantividad del cuerpo social; porque «si á los distintos grupos de fenómenos, en las diferentes esferas de la actividad, corresponde una energía, un orden, un organismo, el conjunto de todos ellos habrá de referirse, á su

vez, á una sola energía, á un orden íntegro y completo, á un todo orgánico» (1).

Pero todavía se manifiesta con mayor relieve aquella distinción de elementos y energías, en las esferas, ajenas á la política, sobre las cuales no ha tenido el Estado influencia ó la tuvo muy escasa, á modo tutelar: como en el arte, la ciencia, la educación, la vida religiosa, cuyo verdadero carácter, elevación y causas hay que buscar en el estudio de las aptitudes que el pueblo tiene como ser colectivo y en el de los fenómenos innumerables y oscuros en que esas aptitudes se revelan, desde los modales cortesés, las costumbres privadas, las fiestas y supersticiones populares, á los hábitos guerreros ó pacíficos, la sobriedad ó fausto en la alimentación..... todos los hechos, en fin, que por insignificantes y vulgares despreciaron en otro tiempo la historia y el arte juntamente.

Los efectos de esta nueva doctrina trascienden, sin duda, del orden científico. En el fondo (ya lo hemos indicado antes), toda la política democrática moderna se apoya en aquellos principios, y sólo reconociéndolos, aunque nada más sea que implícitamente, se pueden defender la soberanía del *pueblo*, la colaboración de la masa en la gestión de los negocios públicos y, en otra esfera, aunque todavía no admitida por todos, el valor y eficacia de la costumbre jurídica.

En literatura, la influencia es muy marcada y constituye uno de los rasgos de las escuelas modernas. La novela, por ejemplo, no había pasado hasta nuestros días de ser una obra individualista, en el sentido con que usamos aquí la

(1) Azcárate, *Discurso cit.*

palabra. Se observaba, se describía, se inmortalizaba en el arte sólo al individuo; todo lo más, llegaban algunos novelistas al grupo local, como en los cuadros provincianos del autor de *Ursula Mirouet*. Pero el mundo social, las clases—los labradores, los obreros, los burgueses—el *coro* antiguo elevado á la categoría de protagonista, esto no ha venido á la novela hasta Zola. Así ha podido alguien decir que en ciertas obras de este escritor pueden sustituirse los personajes que allí figuran, por otros, sin que la novela sufra cambio alguno; porque en ella, tal como está concebida, los individuos no son nada por sí: son puros signos de la clase á que pertenecen. Quiere decirse, con esto, que la novela ha adquirido el carácter social (ó mejor, sociológico) que antes le faltaba y que hoy es ya muy notable en las obras de algunos novelistas (1).

Así, el historiador perfecto de nuestros días, como deseaba Macaulay, se ocupará, antes que nada, «de la nación. No tendrá por insignificante ninguna anécdota, ninguna peculiaridad de maneras, ningún dicho familiar que puedan ilustrar el proceso de las leyes, de la religión y de la educación, é indicar el progreso de la mente humana.... Tal como se ha escrito, por lo general, la historia de los Estados, parece que las más grandes é imprevistas revoluciones hayan sobrevenido como castigos sobrenaturales, sin previo aviso ni causa. Pero el hecho es que tales revo-

(1) Sobre esta tendencia del arte moderno, véase Guyau, *L'art au point de vue sociologique*. El Sr. Azcárate, en su mencionado discurso, alude á observaciones de Carle sobre el *color* social que van tomando las ciencias: «reacción contra la idea del hombre aislado que, como ha observado Baudrillart, se encuentra en el siglo XVIII por todas partes» (pág. 16).

luciones siempre son, más bien, consecuencias de cambios morales que se han ido produciendo gradualmente en la masa de la comunidad y que de ordinario llegan muy allá, antes que su progreso venga á ser indicado por algún hecho público. Un conocimiento íntimo de la historia privada de las naciones es absolutamente necesario para hacer la prognosis de los sucesos políticos. La narración á que falte este requisito será tan inútil como un tratado de medicina que, pasando por alto los primeros síntomas de la enfermedad, hiciera mención tan sólo de lo que ocurre cuando el paciente está ya fuera de toda acción posible de los remedios» (1).

La tendencia moderna, pues, arranca á la historia de la tradición según la cual sólo se ocupaba de «las personalidades notables», para llevarla á la consideración de la obra histórica como un trabajo colectivo, social, y supone, así como las teorías naturalistas el estudio del medio *natural*, el del medio moral, que desde Villemain empezó á considerarse en literatura y que Taine elevó al más alto grado de estimación. Pero no quiere esto decir, como algún autor (2) exageradamente supone, el desconocimiento del propio valor y de la función respectiva que corresponde á las *individualidades* salientes, así como de la fuerza y de la iniciativa que ejercita, en cuanto á órganos especiales, en los que se condensa la misión impulsora, sin la cual la masa jamás daría forma artística y oportuna á su espíritu,

(1) *Loc. cit.*

(2) P. Maugeolle, *Les problèmes de l'histoire*. Examina muy bien este problema, en el sentido moderno, el Sr. Letelier en su monografía *¿Por qué se rehace la historia?* (Santiago de Chile, 1888), páginas 22 y siguientes.

ó no sabría concentrar sus aspiraciones latentes en esfuerzos reflexivos que las llevaran brevemente á término.

El impulso avasallador de estas ideas ha modificado notablemente la antigua teoría de los hombres providenciales á que aludíamos más arriba y que en nuestro siglo tiene dos grandes representantes: Emerson y Carlyle. Emerson (1) es más radical, más individualista. Carlyle, como observa muy bien su crítico español (2), si es aristocrático (entendida bien esta palabra en su relación con el movimiento civilizador de la humanidad), y á veces parece exageradamente *individualista*, tiene en ocasiones muy atenuado este sentido, puesto que admite la posibilidad «de muchos héroes simultáneos», de una *democracia* intelectual.

La posición intermedia y conciliadora entre las teorías opuestas, después de las exageraciones de Taine, que subordina el genio al medio (3), la encontramos, como en el problema anterior, en Guyau (4).

«M. Taine—dice—supone que el medio anterior produce el genio individual; hay que suponer que el genio individual produce un medio nuevo ó un estado nuevo del medio. Ambas doctrinas son partes esenciales de la verdad;

(1) Ved, sobre todo, su libro *Los representantes de la Humanidad* (1849), y los *Ensayos* (traducidos al francés por Montegut).

(2) Leopoldo Alas. Véase el prólogo del t. II de la traducción española de *Los héroes*, hecha por D. Julián G. Orbón (Madrid, 1893), especialmente las págs. 17 y siguientes.

(3) Véanse sus obras ya citadas, y para nuevos datos, á Spencer, á Macaulay (*Estudios críticos*, Dryden: páginas 234 á 237 de la traducción española), y á Hennequin (*La critique scientifique*), que rectifica la teoría de Taine.

(4) *L'art au point de vue sociologique: le Génie comme créateur d'un nouveau milieu social*, págs. 30 y siguientes, y, en especial, 42-45.

pero la doctrina de M. Taine es más aplicable al simple talento que al genio, y sólo la segunda expresa el rasgo característico del genio, á saber: la *iniciativa* y la *invención*. Con estas palabras no queremos dar á entender una iniciativa absoluta (1), una creación que sería la creación *de la nada*; sino una síntesis nueva de datos preexistentes, parecida á una combinación de imágenes en un kaleidoscopo, que revelase formas inesperadas.....» «Las grandes personalidades y su medio están en una acción recíproca, mediante la cual el problema de sus relaciones es, á menudo, tan insoluble científicamente, como el «problema de los tres cuerpos.....» En último análisis, el genio y su medio nos dan el espectáculo de *tres sociedades* unidas por una relación de mutua dependencia: 1.º, la sociedad real preexistente, que *condiciona* y en parte suscita al genio; 2.º, la sociedad idealmente reformada, que concibe el genio mismo, el mundo de voluntades, de pasiones, de inteligencias que crea en su espíritu y que constituye una especulación sobre lo *posible*; 3.º, la formación consecutiva de una sociedad nueva, la de los admiradores del genio, que, en más ó en menos, realizan en sí, por *imitación*, la innovación de aquél.

He aquí cómo se pone hoy el problema tan discutido de la participación que las individualidades y la colectividad tienen en la historia; bien entendido que su resolución en un sentido ó en otro, no podría ya borrar el reconocimiento del sujeto social como sujeto activo en la evolución. Respecto de él, los estudios modernos aspiran á formar su

(1) Tal era el sentido de la teoría heroica.

psicología fundamental (1), que el historiador debe tener en cuenta en cada caso, ya como una explicación de los hechos que investiga, ya como una resultante que ha de inducirse de ellos.

Pero siempre debe presidir á toda investigación un concepto que suele olvidarse, con grave daño, en las generalizaciones de los filósofos y en la acción aplicada de los gobernantes y directores, á saber: que las sociedades totales concretas (pueblo, nación, ciudad.....), lo mismo que la humanidad entera, no constituyen masas homogéneas que consientan una sola ley común y uniforme y una consideración igual para todas sus partes; sino que están formadas por diferentes capas ó estratos, anacrónicos en el grado y momento de desarrollo, muy distintos entre sí, á veces, con psicología (gustos, ideas, sentimientos, fuerza voluntaria, etc.) diferente, y, por tanto, con un modo de obrar que varía mucho; y que el movimiento progresivo, y en general el de evolución, tiene, por tanto, en ellas, velocidades y direcciones diferentes, heterogéneas, verificándose por lo general el avance consciente en el seno de una minoría culta, superior, á la cual siguen con cierta incons-

(1) Un intento de ella es el citado libro de Schäffle; pero, en rigor, todo está por hacer en este orden. La psicología tradicional es la del individuo abstracto; la del ser colectivo comienza sólo á iniciarse en sus dos esferas, normal y teratológica, siendo de desear que al formarla no se caiga en el exclusivismo que ha llevado hasta hoy á los investigadores á no estudiar casi otros fenómenos que los puramente intelectuales. Hay que investigar, como dice Le Bon, la *psicología del carácter*, que es lo esencial. Véanse los citados trabajos de Le Bon como ejemplo de investigaciones acerca de la psicología histórica de los pueblos. En España hay estudios parciales respecto del carácter de algunos grupos de población, como el catalán, en las obras de los Sres. Gener, Pella y algún otro; pero de un modo muy rudimentario.

ciencia ó irreflexión los círculos inferiores. Y precisamente toda la característica de nuestro siglo, como observa Gerwinus, y el ideal de la democracia moderna, consisten en producir en el mayor número de esos círculos la conciencia de la finalidad humana, para hacerlos miembros activos en la obra del progreso. La medida en que semejante ideal pueda ser logrado, por conformar más ó menos con las condiciones naturales del sujeto individual y social, es cosa que nadie hoy se atrevería á decir.

### 3.—La unidad de la historia.

De dos maneras se ha venido entendiendo, hasta nuestros días, la unidad de la historia humana: ó como unidad *psicológica*, fundada en la igualdad constante del sujeto histórico, ó como unidad *mecánica*, de repetición uniforme en los hechos.

El primer sentido, ó sea el psicológico, es el más antiguo y general en los autores. Así puede verse en nuestros tratadistas de los siglos XVI y XVII (1); y bastará, como tipo, citar las célebres palabras de Maquiavelo: «Suelen decir los hombres prudentes que el que quiere saber lo que ha de suceder, considere lo que ha sido antes de ahora, porque todas las cosas en todas las épocas tienen propia comparación con las de los tiempos antiguos; lo cual proviene de que siendo aquéllas hechas por los hombres, *que tienen* y

(1) V. g.r, Luis Cabrera de Córdoba, para quien la historia universal tiene la base de la unidad ó permanencia psicológica del sujeto, en lo cual estriba la utilidad moral ó ejemplar que aquélla tiene.

tendrán siempre las mismas pasiones, resulta necesariamente que producirán el mismo efecto» (1). Supone, por tanto, esta doctrina, la permanencia de las ideas y los sentimientos del hombre en un mismo grado de desarrollo, negando implícitamente el progreso moral, á lo menos, y el poder de la educación.

Maquiavelo es, sin embargo, un ejemplo de lo difícil que resultan siempre las clasificaciones de ideas, porque á la teoría que acaba de leerse, mezcla otros elementos que le acercan á la segunda manera de concebir la unidad histórica, es decir, la mecánica (2). Una posición igualmente mixta tienen los autores clásicos, que conciben á los pueblos como *individuos* que nacen, florecen y mueren, siendo sustituidos luego por otros en quienes se verifica lo propio (3), en lo cual está la base de la ley de repetición de Pagano, Guicciardini y Vico, representante genuino este último de la teoría mecánica ó sucesión circular y fatal de los hechos, en su explicación de los *ricorsi* (4). La expresión gráfica de esta teoría es el círculo, ó mejor dicho, una serie de curvas cerradas é iguales entre sí. Por esto ha podido decirse que el movimiento de la historia humana es, según Vico, como el de una rueda de noria. La sociedad, en opinión suya, no puede realizar más que un cierto número y género de grados en la evolución, terminados los cuales vuelve al punto de partida para empezar otra vez.

(1) *Discorsi*, lib. III. Á esta *unidad psicológica* de toda la humanidad sustituye hoy la especial de cada raza (Le Bon.)

(2) Ved lo que dice acerca de esto Buchez, *Introd. à l'histoire de l'histoire*. Segunda edición, París, 1842, t. I, pág. 99.

(3) Un ejemplo de esto es Floro, en su *Epitomae* de Tito Livio.

(4) *Scienza nuova*, 1725.